

CARLOS MARX, ANÁLISIS POLÍTICOS DE UN SISTEMA DE CONCEPTOS

Carlos Molina Jiménez

Universidad Nacional.
Costa Rica

En el presente trabajo se examinarán algunas de las obras de C. Marx, en donde éste plantea análisis políticos de situaciones concretas. Se trata, por un lado, de **La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850, El dieciocho brumario de Luis Bonaparte y La guerra civil en Francia**; ensayos en los que Marx estudia el desenvolvimiento del proceso político francés, desde la revolución que derroca a Luis Felipe, en 1848, hasta la caída de la Comuna en 1871.

También se considera, por otra parte, el texto **Revolución y contrarrevolución**, que recoge los artículos publicados por Marx en el periódico neoyorquino **The Tribune**, acerca de los acontecimientos revolucionarios que conmueven a los Estados alemanes entre febrero de 1848 y junio de 1849.

Marx advierte en ambos movimientos revolucionarios varias rasgos comunes, que revelan el grado de maduración de la situación política y social europea. En los dos, en efecto, interviene un proletariado que ya ha alcanzado un desarrollo significativo de su autonomía política e ideológica, pero que no cuenta todavía, en suficiente medida, con las condiciones reales para establecer su predominio en la vida social.

Correlativamente, los sectores revolucionarios de la burguesía no son ya capaces de congregarse en torno de sus reivindicaciones y aspiraciones a todo el movimiento popular. Su actitud se ha tornado entonces tímida y vacilante, por cuanto no sólo rechazan el viejo orden social que bloquea el pleno desarrollo de sus actividades básicas, sino que temen —y tanto más— que el proceso revolucionario barra también con las formas de apropiación que sustentan sus particulares beneficios.

No obstante este desgano revolucionario, la dinámica misma del movimiento sitúa a estos sectores en la cresta del proceso, depositando en sus manos la conducción de éste y empujando a tomar medidas que ellos mismos no desean. De aquí que, ante la amenaza de verse atropellados por el proceso, y una vez obtenidas las primeras victorias y alcanzadas las demandas más moderadas, dichos sectores comienzan a coligarse con los grupos feudales, burocráticos y financieros vencidos, con el propósito de detener en tal punto el avance revolucionario. Pero esto no otorga estabilidad a su situación; pues seguidamente cualquier debilitamiento que inflinjan a una de las dos fuerzas sociales que se hallan a sus costados, confiere un mayor peso específico a la otra, replanteando el peligro del retroceso o la revolución.

Con mayor fuerza aún se presenta esta misma problemática respecto de la pequeña burguesía, cuando un desplazamiento del proceso hacia la izquierda le lleva a hacerse cargo, pasajeramente, de su conducción; porque en este caso se añade el agravante de la naturaleza híbrida y extremadamente frágil de esta categoría social, que la hace incapaz, no sólo circunstancialmente sino en principio, de resolver la cuestión.

El fracaso, pues, de ambos movimientos (el francés y el alemán) queda explicado por las contradicciones internas que los plagaban; las cuales resultaban de la relación antagónica que mediaba entre sus principales protagonistas, la burguesía y el proletariado, y del grado de desarrollo real y autoidentificación política e ideológica alcanzado por este último, que lo hacía consciente de que sus intereses no estaban comprendidos en el programa burgués de reformas. Pero el proletariado no estaba preparado aún para atraer a su causa, de una forma sostenida y pertinaz, a la pequeña burguesía y al campesinado; ni la burguesía podía satisfacer ya las demandas básicas de las otras clases revolucionarias sin hacer peligrar sus propios intereses. Tal situación no hacía posible un auténtico acuerdo en las filas de la revolución, dado el antagonismo primordial que oponía a sus fuerzas básicas en la esfera de la producción; y tampoco permitía que una de estas fuerzas estableciera una sólida preeminencia sobre las demás. El resultado fue, en Alemania, el triunfo final, en el plano político, del antiguo régimen. Y en Francia, la parodia imperial montada por Luis Bonaparte y su cuadrilla de aventureros, apoyados en el lumpen y en un campesinado ignorante y atomizado, todo ello sobre la base de la discordia reinante. Su epílogo glorioso fue la Comuna, prefijación fugaz de todo poder popular del futuro.

Hasta ahora se han señalado nada más los caracteres comunes a los dos procesos estudiados. Tan importantes como éstos son los caracteres diferenciales, que aquí no se podrán abordar. Quede indicado tan sólo, que Marx destaca la centralización de la vida política francesa en París y la contrasta con la dispersión reinante a este respecto en Alemania. Asimismo, subraya la diferencia de grado que presenta el desarrollo capitalista de estos países: Francia con algunos importantes centros industriales y una burguesía y un proletariado desarrollados; y Alemania, con una industria predominantemente artesanal, una burguesía débil y un proletariado incipiente. Francia, con un agro de pequeños propietarios, y Alemania, con una agricultura todavía feudal. Estos y otros rasgos

distintivos son apuntados por Marx en sus análisis de los dos procesos, y ellos contribuyen a determinar el rumbo diferente seguido por cada uno de ellos.

Lo importante, sin embargo, es que, pese a estas diferencias, en los dos casos ocurre que la revolución es en ese momento intrínsecamente incoherente, dado el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas sociales básicas que la impulsan; esto origina en su seno dos proyectos revolucionarios incompatibles. Y hace preciso que el proletariado consolide su propio camino.

Esta penetración alcanzada por Marx respecto de la historia inmediata, penetración que le lleva a comprender el sentido profundo de los acontecimientos que están ocurriendo bajo su mirada, hace interesante examinar su método de análisis político.

La directriz básica de este análisis es enfocar la política (entendida como conducción del Estado y como combate para acceder a esta conducción) en términos de lucha de clases. Para Marx, en efecto, la dinámica concreta de esta lucha constituye el decurso esencial del acontecer político; y ella da la clave para establecer el marco dentro del cual obran otros elementos más circunstanciales y aleatorios que forman parte también de este acontecer.

Pero la importancia explicativa concedida a la lucha de clases no lleva a la entificación o sustancialización de ésta. La lucha de clases no es algo aparte de la vida cotidiana de las sociedades, no es distinta de los mil detalles que componen la actividad política que se despliega en éstas. Todos estos elementos, por el contrario, constituyen su materialidad y, por tanto, su realidad. Por esta razón, el análisis no desdeña nada; aborda toda la diversidad empírica, es decir, el fenómeno en su integridad y lo aprehende a la luz de la dinámica de clases: registra el aporte que cada elemento hace a ella y la determinación que ella ejerce sobre aquél. Marx toma en consideración todo: economía (estructura y coyuntura), tradición, ideas, personajes y personalidades, circunstancias, movimientos de opinión, intenciones, representaciones, todo ello es integrado y articulado como la sustancia real de la lucha de clases; en su recíproca totalización, estos factores sobrepasan su significado convencional o inmediato y adquieren su significación objetiva al determinar a los demás y ser determinados por éstos.

El análisis se hace cargo de esta complejidad, vuelve inteligible el devenir de todos estos factores dentro de su interacción mutua y desentraña el sentido integral del acontecimiento. Para ello parte

del dato empírico, aprehendido en toda la intrínca- da diversidad de su movimiento real, para estable- cer "la lógica concreta del objeto concreto", por el hallazgo de las jerarquías de determinaciones y de los nexos reales que los hechos mismos encierran.

Se extrae así, en conclusión, de los textos antes indicados, la siguiente concepción de la política:

1. Ella es primariamente el ejercicio del poder del Estado y la lucha por alcanzar este poder (que sirve de garantía, por la amplitud de su radio de acción y por la fuerza física que ostenta, a toda otra forma de poder).
2. Implica aceptación voluntaria e imposición violenta. La primera para constituir la fuerza social capaz de optar al poder. La segunda para reducir a la pasividad a quienes adversan este arreglo o han quedado excluidos de él.
3. Sus protagonistas primordiales son las clases sociales.

4. La lucha de clases es el transfondo esencial de toda la actividad política.
5. Los grupos sociales que alcanzan a tener expresión política propia, se concientizan acerca de sus propios intereses y de los problemas que les presenta el momento histórico, elevando así al rango de proyectos y planes de acción las tendencias y posibilidades reales que plantea el desarrollo social.
6. La actividad política no tiene un carácter primario. Se verifica dentro del marco de una conformación socio-económica dada, de la que emana la problemática básica que ella tendrá que asumir.
7. En la esfera política se refleja, en forma condensada, a través de las luchas por alcanzar o mantener el poder estatal, la vida toda de la sociedad: sus relaciones con la naturaleza, sus relaciones sociales internas, sus relaciones con otras sociedades, sus concepciones ideológicas, etc.

